

4. Doscientos años tras los enigmas del Ibero

Javier Goitia Blanco



4.1. Currículum

a) Estudios y actividad en este tema

- Ingeniero Técnico de Obras Públicas
- Licenciado en Geografía, Máster en Cuaternario
- Homologado en Evaluación de Impacto Ambiental
- Intensa actividad profesional en el mundo de la energía, obras civiles y demoliciones (Nuclear Pressure Water Reactor's Supervisor, Oficial del Ejército en Ingenieros Zapadores, Desarrollo de Proyectos con la UE, Joint Research Center, European Virtual Institute, etc.
- Cercanía al mundo de la investigación en etología animal, caza, pesca y gestión de ornitología
- Colaborador con investigaciones del CSIC.

La toponimia ha sido un yacimiento de trabajo, investigación y sorpresas desde 1965, cuando siendo un adolescente descubrió que los referentes en el mundo sobre este tema, subestimaban el potencial de la lengua vasca y carecían de un modelo físico para sus postulados.

Desde entonces –y sobre todo desde el comienzo del funcionamiento de los Sistemas de Información Geográfica (SIG) y de la disponibilidad de grandes Bases de Datos Geográficos, ha iniciado un proceso de análisis sustentado en las Raíces del Euskera y en las características de los lugares para “cruzarlas” con las expresiones actuales de sus nombres y recrear el mundo paleolítico.

b) Publicaciones

- **El ADN del Euskera en 1500 partículas** (2ª revisión a punto de impresión)
- **¿Es romance el castellano?** Diccionario Etimológico Crítico (en redacción avanzada)
- **El Viaje.** Novela sobre la vida prehistórica hasta la llegada de la sedentarización (en redacción)

c) Contacto

jabitxu.goitia[arroba]gmail.com

4.2. Resumen

El trabajo de este año se puede resumir como la recapitulación de un aficionado, como la decisión de un conductor de un automóvil, que despistado en plena noche decide parar el coche, apagar las luces y mirar al cielo estrellado para tratar de encontrar el Norte.

Para ello, el autor ha dejado de leer los avances que en forma de traducciones-cada vez más complejas y heterogéneas- ponen a disposición de los aficionados los expertos actuales y con un esfuerzo notable, decide “volver atrás”, comenzar por estudiar lo que se consideran peculiaridades de esta lengua en cuanto a morfología principalmente, la supuesta ausencia de sonidos esenciales, la alegría con que los iberistas se congratulan de los avances y se felicitan mutuamente o halagan a los antiguos al mismo tiempo que cuanto más profundizan menos entienden...

Tras este recorrido el autor plantea que en la Iberia prerromana pudo pasar algo parecido a lo que sucedió durante la dominación y en siglos posteriores, que existían dos idiomas simultáneos, uno el que se escribía y dominaban las élites de ambos periodos (Ibero, Latín) y otro (s) que hablaban los habitantes ya sedentarizados que podrían asimilarse a lo que ahora se llaman romances y al Euskera.

Es decir, que partiendo de las tesis cada vez más aceptada de que los romances pueden ser anteriores al Latín, España, con un Euskera en franco retroceso, ya tenía hace 3.000 años un dominio lingüístico parecido al actual y el Ibero no era la lengua del pueblo, sino la de las autoridades.

4.3. Ponencia

a) Introducción

En una conferencia de expertos sobre la epigrafía y otras disciplinas que intervienen en esta tarea de ir resolviendo los enigmas que plantean los elementos tangibles de lo que llamamos “Cultura Ibérica”, es muy poco lo que puede aportar alguien que ha empezado a interesarse por estos temas hace apenas un par de años y que hasta ahora solo ha sacado de esa gran maleta los primeros pañuelos bajo los que estarán –seguramente- las prendas mayores.

Poco, también, porque lo que viene a decir en resumen es que a las transcripciones que se manejan, “les falta un hervor”, que las herramientas que estamos usando son como la llave inglesa que no es capaz de aflojar esa tuerca redondeada...

Aunque es poco lo que traigo, me ha animado definitivamente el ver este puñado de hombres y mujeres, algunos de mi edad e incluso mayores, que buscan con denuedo, inconformes de lo que el mundo académico y reglado aporta.

Y me ha animado –también- el hecho de que tras una vida hurgando en el Euskera, con cuyo análisis empecé con quince años, el descubrimiento de cientos de raíces que permanecían enmascaradas y que recuperadas, muestran facetas semánticas desconocidas y un mundo antiguo mucho más sabio e interrelacionado de lo que la historia y otras disciplinas nos cuentan, hecho que pudiera ser también una realidad para el Ibero

La magra aportación a esta Conferencia comienza con aquéllos aspectos del mundo de lo ibérico que me han resultado pobres, incompletos o incluso negativos, para ir cambiando de humor a lo largo de la misma y terminar con el optimismo que da la certeza de que se acabará descifrando lo que dicen los escritos... y mucho más.

Básicamente voy a tratar cinco ámbitos que se solapan continuamente: La historia, la investigación, la toponimia, el Castellano y el Euskera.

Empecemos con la Historia de su Investigación.

b) Historia

El título dice “doscientos años...”, pero todos sabemos que mucho antes ya había investigadores interesados en los enigmas ibéricos. Se trata de que para mí, fue el jesuita Lorenzo Hervás quien inició la época de la investigación “científica”, proceso que no ha avanzado lo suficiente, atascado desde que Gomez Moreno (en adelante, Manuel) diera por resuelto el tema de los signos y todos los demás investigadores se relajaran dándolo por bueno.

Y es que Lorenzo creó a finales del siglo XVIII una especie de “internet” al aprovechar durante su destierro en Italia, el riquísimo caudal que aportaban sus compañeros de “Compañía”, jesuitas que a la vuelta de largos viajes, respondieron con gran eficacia a una especie de encuesta que Hervás diseñó para conocer las estructuras sintácticas de cientos de lenguas, algo imposible entonces para cualquier otro investigador.

Lorenzo, que conocía el ingente trabajo de Larramendi, no solo acabó intuyendo lo que después se llamaría “Indoeuropeo”, sino que advirtió que el Latín no era lo que se decía, sino una lengua integrada por otras varias, entre ellas el Euskera y adelantando las múltiples coincidencias de la lengua vasca y el Ibero.

El porqué de la marginación de personajes como el conquense Hervás y otros investigadores que elaboraron trabajos completísimos abarcando muchas disciplinas y que fueron apartados de la corriente de opinión por individuos oscuros cuyo único mérito era el ser afines al mundo oficial, es algo que muchos barruntamos y que sigue sucediendo hoy en día.

Decía que la cosa se atascó en la tercera década del siglo pasado con Manuel al dar por definitivo su abecedario-semisilabario que fue aceptado como fetén por un mundo académico muy poco preocupado por el Ibero y que ya tenía su paradigma cultural resuelto con el Latín y su imperio.

Este epigrafista (muy afecto al Movimiento y a los valores patrióticos que aireaba Ramiro de Maeztu) era partidario de la “Vasconización Tardía”, tan de moda ahora gracias a la televisión oficial vasca y lo era con un argumento muy simple, porque para él, los símbolos del vasquismo eran las piedras talladas, no el lenguaje o la toponimia, así que en referencia a los límites de Euskalherria, decía: *“por el aspecto de las estelas votivas y funerarias, símbolos, nombres, etc. Sobre todo la nomenclatura personal admite comparaciones de valor definitivo, probatorias de que allí vivían*

gentes de raza cantabro-astur, sin el más leve rasgo de vasquismo perceptible. Es, por consiguiente, seguro que tan solo después de la época romana sobrevino un corrimiento de vascones allá, como también para Gascuña”.

O en su discurso de ingreso en La Academia, dice en referencia al vascuence: “... puesto que a territorio de cántabros vino a refugiarse aquélla”.

Qué es “rasgo de vasquismo” y qué idea sobre el “refugio” tenía ese personaje, son aspectos importantes para poder valorar unas conclusiones, muy influenciadas por su ideología.

Manuel, tras la inmersión en el bronce de Áscoli, llegó a la inspiración basándose en las monedas con inscripciones ibéricas y de ellas obtuvo las sílabas para las consonantes oclusivas, signos que conjuntamente con los previos, daban transcripciones “posibles”, esto es, que los sonidos resultantes conservaban cierta coherencia.

Pero la fórmula no ha resultado; seguimos sin tener la más mínima traducción de un solo párrafo escrito con caracteres ibéricos y en cuanto a los escritos en grafías griegas o latinas, yo solo conozco un par de frases del plomo de Alcoi que podría entenderlas un pescador de Elantxobe o una aldeana de Arratia: “*belagasika ur imbin*”; literalmente, “*esponja empapada en agua salada*”, frase que pudiera corresponder a un manual de curas de urgencia y “*binike bin*”, posible variante de una coletilla repetida en conversaciones de taberna, “*beñik beñ*”, con el significado de “*ocasionalmente, de vez en cuando...*”.

Manuel, académico, hombre del sistema y del poder, tenía ciertas ideas fijas que condicionaron sus investigaciones; por ejemplo, inicialmente consideraba más antiguos los escritos con signos griegos que los de corte fenicio y estaba obsesionado con que la cultura venía del Este y eran de levante los que trajeron los signos a España, pasando por alto las referencias de Estrabón a otras fuentes que aseguraban que los iberos tenían leyes escritas seis mil años antes.

Esta “fiebre” que desdeña lo local a favor de lo exógeno, sigue estando en boga hoy en día en los ambientes académicos muy acomplexados y temerosos de hacer el ridículo; así, la presión cultista, fuerza el que tesoros como el de “El Carambolo” sean fenicios en lugar de ibéricos (tartésicos), dando a entender que los locales carecían de tecnología y arte para elaborar esas piezas y que –sin embargo- eso era “pan comido” en Siria.

Otras ideas fijas son las relacionadas con la toponimia, de manera que él prefería “... *los nombres geográficos ya recogidos por griegos y latinos...*” en lugar de salir al monte y ver cómo llamaban a los lugares los pastores, los cazadores y los conductores de caravanas; también la convicción de que se habían sucedido “...*oleadas sucesivas de pobladores con hablas diversas...*” y que estas oleadas influenciaron periódicamente a la lengua y a los nombres de lugar.

En el cuadro siguiente, una muestra de los topónimos con los que trabajaba Manuel:

Entre los nombres geográficos vayan estos de muestra: Urci, Tutugi, Acatucci, Iptuci, Arucci, Baesucci, Olontigi, Lacimurgi, Aratispi, Baesippo, Cedripo, Acinipo, Ventipo, Ostippo, Sisipo, Ipsca, Salpesa, Arunda, Ategua, Lascuta, Lacilbula, Iponuba, Ipolcobulcola, Obulco, Ilurco, Urso, Igabrum, Ipagrum, Cisimbrium y muchos más. Sería elocuente hallar en Mauritania nombres similares; pero nada entre los de personas, y de lugares son comparables Tuca, Ucubi, Astapa, Maste, Hippo, Ituke, Obba, Vescetria: insuficientes para aclarar nuestro problema de orígenes.

Como se verá más adelante al tratar de Toponimia, con estos mimbres, no es que sea imposible hacer un cesto, es que no hay quien haga siquiera un tapete.

Otra obsesión –soslayadamente reiterada- es la de que son tres los milenios que aportan cuerpo a la creación de lenguas, lo que rebaja en más de cien veces el ámbito de estudio, limita al entorno grecolatino o –como mucho- mediterráneo el yacimiento de información y se deshace de toda la Prehistoria de un plumazo

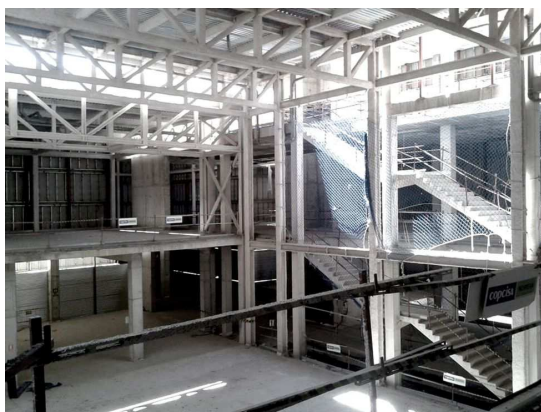
La descalificación de Manuel a Antonio Vives, quien de forma contundente había relativizado la importancia de las monedas para temas de investigación, no es digna de alguien que busca la verdad a través de métodos científicos (luego hablaremos de las cecas) parece ser debida a que todo el edificio del granadino se derrumbaba sin la elucubración sobre los letreros monetales.

c) Investigación

Está claro que el Ibero no interesa a casi nadie y no interesa porque lo único que pudiera traer el desciframiento de sus epigrafías es una reordenación general de los paradigmas con que se argumentó todo el tercer milenio y casi todo lo posterior y eso desbarataría todo un edificio cultural y de intereses, hundiría muchas famas y nombres que se hicieron sonar sin merecerlo y dejaría sin valor no solo lo escrito para ese milenio, sino mucho de lo establecido alegremente para los dos posteriores.

Desconocemos lo que se haya podido estudiar, discutir y avanzar en los primeros tiempos tras la caída del Imperio Romano, pero es seguro que –al menos desde San Isidoro- se ha echado todo el cemento en la artesa que amasaba los postulados griegos, latinos, hebreos, celtas, godos y después, árabes, dejando solo arena en la de los ibéricos; ¡así que apenas hay nada sólido!.

Da ganas de llorar el comprobar que está en manos de voluntariosos aficionados y en ámbitos municipales casi todo lo que se investiga; que no hay un solo Departamento universitario que tenga una cátedra de Cultura Ibérica y si lo que buscamos son museos especializados solo se encuentran las obras eternizadas (ver imagen) del Ibérico de Jaén, cuatro vitrinas en el Arqueológico Nacional y lo que ofrece el Museo de Valencia mezclado con otras culturas.



Aparte de eso, se puede encontrar es alguna organización fruto de la emoción de un día, como el Centro de Estudios Ibéricos del municipio de Guarda en Portugal, en el que participa la Universidad de Salamanca... o como alternativa irse hasta Belgrado donde hay una cátedra de Estudios Ibéricos.

Si el interesado en temas ibéricos sigue una línea argumental o la obra de algún autor concreto, puede tener la sensación de que avanza en el esclarecimiento de enigmas aunque no encuentre los frutos por ningún lado, pero si la curiosidad es “transversal”, si este agente curioso hurga a cada paso, se ve enseguida que la calabaza está hueca, que los avances desde Hübner que lo consideraba “todo ibérico” o a partir de Schuchardt, quien distinguía el Ibero del Celtibero y del Lusitano, son igual de fatuos; que estos tipos se aventuraban a establecer teorías con la misma alegría que un charlatán cambia su oferta de mantas palentinas a hojas de afeitar.

Son todos una especie de farsantes que se conforman con “arrastrar” elucubraciones propias o ajenas y adaptarse a convencionalismos que no tienen sustento alguno; por ejemplo, el pretendido poblamiento de Hispania por Iberos, Celtas y Celtiberos consiste en hipótesis tras hipótesis, que se agarra a menciones “de corrido” de Tito Livio, Estrabón, Marcial y Ptolomeo, referencias que en el caso de los tres primeros pudieron ser copiadas de unos a otros, que han sido vestidas a lo largo del siglo pasado, no siendo suficientes para establecer esquema alguno de poblamiento, de relaciones ni de forma de vida, máxime cuando de las lenguas habladas no se sabe nada.

Pero como hasta el ruido crea ritmo, hoy nadie discute que en la península se dieran esos tres entornos culturales y lingüísticos, cuando las diferencias que pretenden establecer los lingüistas para diferenciar el Ibero del Celtibero son ridículas, basándolas en la aparición o no de algunos signos en las epigrafías disponibles, imaginándose una sintaxis que no se dispone, porque lo único que tienen son listas de colonos.

Como ridículas son las teorías que dividen los bloques celtas europeos en Insulares y Continentales porque una consonante vire a uno u otro lado en una decena de voces. Más aún, la pretensión de una toponimia Celta en la parte noroccidental de la península, ni es válida por basarse en una docena de nombres, ni tales nombres o terminaciones son Celtas, ni son exclusivos de una zona, como se explica después en el apartado de Toponimia.

Todo el edificio está lleno de trampas y atajos, de refuerzo de algunas circunstancias y ocultación deliberada de otras.

Igualmente endeble es todo lo que se basa en las culturas de campos de urnas o en las varias etapas del Hallstatt, porque endebles son las condiciones de que parten desde siempre las sucesivas generaciones de estudiosos, que ven el mundo como algo compartimentado con unos pobladores dueños del suelo y con unos invasores que –periódicamente-, como las langostas, revientan las fronteras de sus míseros lugares de estancia y aparecen en oleadas en los valles de los países ricos.

No hay evidencia alguna de que eso haya sido así hasta que el Imperio Romano comenzó a sellar sus fronteras y la pérdida de los antiguos derechos de paso, motivó a los periféricos a las incursiones violentas.

Anteriormente, durante milenios, la permeabilidad del territorio para con los grupos humanos ha sido la que toleraba la estabilidad de su tasa de recuperación; es decir, la que permitía el paso o la estancia temporal reducida de pequeños contingentes a lo ancho de espacios abiertos, contingentes que solo se concentrarían en algunos puntos inevitables (desfiladeros, vados, pasos de montaña...) para luego volver a separarse.

Solo con una dinámica de este tipo se puede explicar la uniformidad de la lengua que muestran el estudio profundo del Euskera, la repetición de las secuencias toponímicas, las coincidencias semánticas profundas en las lenguas que llaman indoeuropeas. También su diversificación al desaparecer esa dinámica de traslación.

d) Toponimia

La toponimia es “La Madre del Cordero”. Mucha gente habla de toponimia y cita quince o veinte nombres sobados casi siempre de ciudades, pero eso no es toponimia; la toponimia para ser tal, para servir como mesa y herramienta de estudio, ha de ser global y global quiere decir eso, ser masiva y estar en el Territorio, no en soportes temporales o funcionales.

No es toponimia los nombres de ciudades que han sido escritas por un cronista que tras escuchar a los nativos o a viajeros expresiones que a él le podían parecer nombres de medicamentos, los trasladaba al pergamino o a la cera con unos signos cuyos valores podían estar muy lejanos de representar, de poder reproducir lo que los locales habían pronunciado y tampoco son toponimia los carteles de las monedas antiguas.

Así como todo lo que se ha escrito en los últimos tres mil años, “ha cambiado” su sonido, en la toponimia sucede lo contrario en tanto no es afectada por intereses partidistas y estos intereses no suelen llegar a lugares recónditos sin valor económico, estético, mítico ni estratégico, de los cuales hay mas de millón y medio registrados en territorio español.

Se puede asegurar que su sonido no cambia, porque los nombres se repiten mucho más de lo que la gente cree. Por ejemplo, los bilbaínos se creen que “Bilbao” no hay más que uno, pero no es así; hay hasta nueve, de la misma manera que hay más de quince “Avilés” en diversas formas, solo, con artículo, en plural, cortijo, cañada, arroyo, barranco rambla, cabezo... lo que demuestra que son los lugares los que dieron nombre a las ciudades y no sucesos bélicos, patricios, militares, santos ni mitos.

De la misma forma que se repiten cientos de nombres tan familiares como absurdos, de los cuales pueden servir como muestra las ciento cuarenta y tres “Fuente del Piojo” distribuidas de forma aleatoria o seis “La Ramera”, tres “Finisterre” o docenas de nombres terminados en “briga”, que no se ciñen a la zona noroccidental, sino que están homogéneamente distribuidos en el territorio español, no es difícil comprobar que toda la toponimia se compone de enlaces ordenados secuencialmente de uno, dos o tres de los varios cientos de morfemas (en realidad son lexemas, porque cada uno de ellos tiene su contenido semántico exacto) que pueden aparecer en el espacio con grafía diferente, como en el caso de “oz, os, ox, oj” en función de su “historia reciente”, pero que siempre significan “pozo”.

Así, en las “Fuente del Piojo”, lo que se está diciendo es “bi ox o”, es decir “dos pozos grandes” o en “La Ramera”, como en otras más de 650 variantes de “La Rxxxx...”, no se trata del artículo “La”, seguido de una cola que comienza por “Rxxx”, sino que la disección hay que hacerla según el lexema “Lar”, pastizal, voz que en sus casi mil formas, cuaja los territorios entre el Atlas y los Alpes.

Es matemáticamente imposible que estos nombres – que no significan lo que parece, sino que están creados en una lengua previa a las que ahora parecen representar- se hayan mantenido “iguales” mientras los que manejan los investigadores del Ibero, ni se componen de esos lexemas, ni se parecen a ningún otro, ni están en la toponimia.

De la lista que se cita arriba y que la exhibía el propio Manuel, me he permitido rastrear sobre una base “muy completa” del Instituto Geográfico Nacional consistente en topónimos españoles con su localización precisa y de los veintiocho nombres de esa lista:

- Urci no existe; hay un “Urcia” en un lugar inhóspito de Los Monegros, al borde de un cantil.
- Tutugi, Acatucci ni Iptuci ni nada parecido hay en los registros.
- Tampoco hay Arucci, si bien hay varios “Aruca”... en Canarias.
- No hay Baesucci ni Baesippo ni Cedripo, aunque hay varios que compartirían el comienzo si fuera “Baez...”.
- No hay Olontigi, pero si algo parecido en hasta tres “Olondo”.
- Con Lacimurgi, sucede lo mismo que con Acinipo, Ategua e Iponuba, que solo existen sus carteles geográficos como neologías, al haber sido bautizados así los yacimientos arqueológicos de Lacimurga en Orellana, Acinipo en Ronda, Ategua en Córdoba e Iponuba en Baena, que se han asignado a los supuestos lugares en que estarían aquéllos nombres si hubieran existido. Es decir, son falseamientos cultistas.
- No hay Ventipo ni Ostippo, Sisipo, Ipsca, Salpesa, Lascuta, Lacilbula.
- Nada tampoco de Ipolcobulcola, Obulco, Ilurco, Urso, Igabrum o Ipagrum.

Nada, quiere decir nada, ni siquiera nada parecido o parcial; que estos nombres no responden a denominaciones toponímicas sino a las versiones manipuladas de la cadena de escribas, copistas, militares, sacerdotes, espías y políticos que pudieron intervenir y que solo serían válidas tras aplicarles un “decapado matemático” o incluso –en casos- la implantación de algunas prótesis.

Es evidente que listas de topónimos como la comentada o topónimos sueltos mencionados en crónicas o referencias, no son válidos para la investigación, no son en absoluto contrastables con los topónimos reales que cuajan el territorio, a veces con una abundancia de hasta diez cada kilómetro cuadrado, pero que raramente bajan de uno incluso en zonas de montaña, desiertos o áreas pantanosas.

Estos topónimos que en un territorio como el de España superan los dos o tres millones de nombres (yo manejo habitualmente 1,3 millones) no son arbitrarios, caprichosos ni absurdos; se componen de morfemas que se repiten y combinan y que –a pesar de los efectos “dispersantes” de las alteraciones gráficas por motivos culturales sucesivos- no son imposibles de descifrar.

Por citar un ejemplo, muy cerca de donde vivo, en la población costera de Bakio, un lugar hasta hace poco recóndito y no demasiado interesante, hay un río que se llama “Estepona”, exactamente igual que la bahía (y luego población) de Málaga. ¿cree alguien que es fruto de la casualidad?.

Otro ejemplo. Igual de cerca hay otro riachuelo que se llama “Granada” con todas sus letras. Exactamente igual que la Granada del Darro y el Genil; esa Granada que los arabistas nos dicen que viene de “Garnata” (cueva de Nata).

Si se buscan topónimos parecidos, aparecen hasta 643 del tipo “granada, grandilla...” y tan solo uno del tipo “garnata”; el de “Garnatilla”.

¿Es lógico pensar que 643 han mudado su nombre y solo uno se ha conservado igual?

¡No! El asunto es que los topónimos comienzan a tener sentido cuando se estudian masivamente. No vale decir que Zaragoza proviene de Caesaraugusta, porque se hayan encontrado referencias escritas a una ciudad “caesaraugustana”, algo así como si para referirse a Bilbao alguien dijera que es una ciudad “unamuniana”.

Hay docenas de Zaragozas, Zaragocillas y Zaragocetas en la toponimia y las hay en Francia y en otros países.

Las “pasiones humanísticas” (obsesionadas con los valores de los imperios, de la mitología, de las ciudades y de la épica) han de ser moderadas con el filtro de la racionalidad y hay que limitar el valor que se da a la epigrafía, como se limita hoy en día la fe en la propaganda comercial y hay que hacer esto para para detraer todo lo que han aportado de confusión esas disciplinas al análisis de lo histórico y prehistórico.

La toponimia es un yacimiento que multiplica por cientos, sino por miles, la información que se puede obtener de documentos y de epigrafías. Solo hay que trabajar mucho para ir devanando sus secretos.

Esa toponimia masiva también es un testigo que contrarresta o rebate afirmaciones que se hacen ley, como algunas de las que se aplican al Ibero cuando se dice y repite que no existían la “P” ni la “M”, que escaseaba la “D” inicial, que había ausencia o que se invalidaban “Ñ, Ll, Ch...”, o que no había “muta + líquida”...

En un repaso sobre 1.132.498 nombres toponímicos de España, se ha encontrado hasta un 0,7% de nombres que empiezan por “D”: Daganzo, Daimiel, Dalmau, Dalias, Desierto, Descarga, Despeñaperros, Dis, Dobro, Dos Hermanas, Duero...

La “M” o la “P”... No tiene sentido el dudar siquiera si son o no originales; con “M” en alguna de sus sílabas, hay más de 300.000 topónimos, más del 27% y con “P”, más de 240.000, sobre el 21 %....

Todo esto hay que proyectarlo sobre un universo en el que (aparte de “L” y “D”, que multiplican mucho su número de presencias debido a que muchos topónimos son compuestos y llevan artículo o preposición), “M y P” están algo por debajo de “R”, “S”, “C”, “N” y “T”, pero muy por encima de “B”, “G”, “V”, “J”, “F”, “Z”...

Entre los que contienen “Ñ” o su alternativa “Ny” en las zonas catalanas, se llega nada menos que al 6,4% de los nombres, ¡Casi 100.000!

Aún son más los que exhiben “Ll” (Baralla, Canella, Anilla, Capilla, Morella...), acercándose al 14,6%.

Tampoco es despreciable la presencia de “muda + líquida” que son muy abundantes excepto las “tl y dl” (Betlem, Rotlet, Vitla... Beniadla, Casa Codlovalda...).

Esto es muy serio y nos advierte de que estos sonidos están ahí porque eran habituales, porque eran familiares y porque tenían significado.

Avanzar en esto es responsabilidad nuestra, pero sobre todo de las academias y las universidades, aunque muchas eluden esa tarea.

Si nos vamos a las monedas y sus mensajes (que son numerosos y muy ricos), hay que tener en cuenta muchos factores, más incluso de los que ya nos advierte la persona que más conocimiento ha desarrollado sobre ese invento. Útil que no ha tenido parangón desde que la humanidad abandonó la inteligente forma de vida basada en la supervivencia a partir del conocimiento de un medio extenso y se entregó a la productividad y al manejo de los excedentes: El dinero, ese invento milenios anterior al imperio romano y del que nos dicen (como si fuéramos tontos) que tiene un nombre basado en los “denarios”.

El conocimiento del metal por la humanidad fue muy temprano, porque oro, plata y hasta cobre, aparecían ocasionalmente “nativos”, bien en placeres hidrotermales, bien en forma de pepitas arrastradas por los ríos.

También el hierro fue conocido mucho antes de esa “edad del hierro” que nos describen terciado el tercer milenio. El hierro sideral obtenido de meteoritos recuperados fue ensayado y dominado por culturas paleolíticas al menos desde hace 9.000 años.

Ni que decir tiene que el estaño –cuyo nombre no viene del stagnum latino, sino de “estal eiño”, “el que cubre”-, su primo el plomo y hasta el mercurio, eran también conocidos y denominados según sus propiedades.

Hablando del dinero, su nombre original fue algo parecido a como ahora mismo se le llama en Euskera, “txin”: “tin ero”; es decir, “lo que suena”, el “contante y sonante de hoy” e inicialmente su manejo se hacía en pequeños lingotes y en teselas cuadradas o triangulares cortadas desde una chapa de metal obtenida por fusión o laminación. No en balde su nombre genérico, “me (t) al” no procede del “metalis” ni de los montes “metálicos” sino de la propiedad común de ser laminables, moldeables, siendo eso lo que significa tal nombre, “potencialmente laminable”.

Los lingotes de “oricalco” (cobre zinc y plomo, en la foto) eran verdaderos tesoros, una de las primeras modalidades de dinero, algo parecido a las “barras” de esa y otras aleaciones que se siguen encontrando bajo el fango. Ver figura donde se ven varias barras recuperadas de pecios.



De la misma manera que los lingotes “pesados” que transportaban barcos y recuas de animales, debieron existir “piezas menores”, trocitos precursores de lo que luego serían los “cospeles” o rodajas de metal para acuñar; granalla que las personas llevarían en sus bolsos privados.

Este tipo de granalla menuda no ha sido recuperado, principalmente porque en esa época aún no había ciudades y –por lo tanto- estos tesoros no se acumulaban, pero alguna vez aparecerán en la bolsa de algún viajero que atrapado por un alud o caído en un pantano. Aparecerá para darnos una sorpresa parecida a la que nos trajo “Otzi” que fue descubierto en 1991, congelado en los montes del Tirolo y al que se le asignaron 5.300 años.

Cuando los primeros “establecimientos temporales” en cruces de caminos, cerca de fuentes y derrumbaderos (“ambel”) comenzaron a hacerse permanentes, el metal comenzó a acumularse en ellos y pronto se inició la moda de aplicar signos a las pequeñas piezas de metal “propio”, como sello de calidad del mismo (facilidad de fusión, pureza, en ciertos casos, calidad en los filos conseguidos, capacidad de elaborar agujas...) y en unos milenios, de los punzones que dejaban incisiones se pasó a los cuños (“ku eiño”, que “hace relieve”) que “dejaban relieves”.

Aunque en la bibliografía se sugiere que la “ceca” castellana viene del árabe hispánico “saka” a partir del clásico “sikka”, tratan de engañarnos, porque en esta lengua se dice “nua nharon”, mientras “saka” es la alternancia y “sakan”, una vivienda normal y no hay (aún) explicación definitiva para el nombre Castellano (ni para la “seca” en Catalán y “sekka” en Maltés) dado a los recintos o tejavanas donde se acuñaban monedas, voz que en casi todos los idiomas europeos es de la forma “mata, menta, ment, mint, miata, menthe, mynt, munt, minze, mynte...” y para la cual los romanos no tenían nombre específico, aunque se apunta a “moneta”, con la pueril explicación de que la principal ceca estaba junto al templo de Juno Moneta (de monitorizar, ojear...).

Antes de seguir conviene recordar que lo importante en la acuñación de la moneda eran los cuños (inferior y superior) y su control, así como que tal operación de acuñamiento apenas exigía un yunque, unas tenazas y un horno para caldear las pletinas para ser trabajadas en caliente. Es decir, una ceca se podía montar en un patio trasero en una mañana y estar

acuñando por la tarde, pero no era una instalación adecuada para la vecindad del templo de Juno.

Así que una ceca no tenía porque ser privativa de una ciudad, de un estado ni de una provincia o de un rey; cualquier afortunado que hubiera acumulado “metal” podía llamar al acuñador, acordar un dibujo o leyenda y transformar sus pletinas en “munita”.

Ambas voces, “seka” y “muni” tienen explicación desde el Euskera; la primera, porque “se” es la raíz verbal con significado de desmenuzar, cortar partes de un todo, separándolas y “ka” es el sufijo reiterativo, de manera que “se ka” es “el cortadero.

La segunda, porque “mon, mun” es la raíz sustantiva de lo que ahora llamamos “granalla”, material en forma granular o de pequeñas piezas, de manera que “mon i”, con un “i” pluralizador, es el conjunto de piccitas, el almacén de la granalla de metal, lo que los romanos asignan a la diosa ojeadora.

Si echamos un vistazo a la enorme lista de más de cien presuntas “cecas” ibéricas que se atribuyen a territorios de Iberia y Galia, cecas que se imaginan como industrias enclavadas en los lugares concretos que se citan en sus carteles...

Abariltur, Akerekonton, Alaun, Aratikos, Arekorata, Arkailikos, Arketurki, Arsakos, Arsaos, Arse, Auntiki, Baitolo, Barkeno, Barskunes, Basti, Belaiskom, Belikiom, Bentian, Bersa, Beterra, Bilbilis, Bikanaos, Biluaon, Bineken, Birikantio, Biurbi, Bolskan, Bursau, Ekualakos, Erkauika, Eso, Eusti, Iaka, Ikesankom, Iltukoite, Ilturo, Ieso, Iltirta, Iltirkesken, Kaio, Kaisesa, Kaiskata, Kalakorikos, Karalus, Karaues, Karbika, Kelin, Kelse, Kese, Kili, Kolounioku, Konterbia Belaiska, Konterbia, Kueliokos, Lauro, Laiesken, Lakine, Letaisama, Libiakos, Loutiskos, Lutiakos, Masonsa, Metuainum, Neronken, Nertobis, Oilaunikos, Okalakom, Olkairun, Ontikes, Ore, Orosi, Oskumken, Otobesken, Roturkom, Saiti, Salduie, Samala, Sekaisa, Sekia, Sekisamos, Sekobirikes, Sekotias Lakas, Selonken, Sesars, Seteiskan, Sikara, Tabaniu, Tamaniu, Tamusia, Tarmeskom, Teitiakos, Terkakom, Tirsos, Titiakos, Titum, Turiasu, Uarakos, Uarkas, Uirouia, Unambaate, Usamus, Usekerte...

... No hace falta un gran esfuerzo para ver que las transcripciones que manejamos están igual de lejos de los nombres geográficos que la toponimia de Manuel: Una revisión de estos nombres contra la toponimia española nos da una idea clara de la distancia entre ambos grupos de nombres:

De los 104 nombres, tan solo dos, “Kaio” y “Ore”, los dos más cortos de la serie, existen como topónimos.

El primero son las cumbres gemelas de los picos “El Cayo”, a 1700 metros de altura en plena Sierra de Alba en Soria y el segundo, “Ore”, una minúscula aldea en la ribera del Río Orio, en Asturias. Ninguno de los dos ofrecen atributos para haber sido cecas de renombre.

Ninguno de los otros 102 nombres tiene coincidencia toponímica, aunque hay algunos morfemas, casi una veintena de ellos, que si aparecen en topónimos varios, como Aratispi, Arquetón, Barquera, Bersabel, Eustigane, Carubi, Queseras, Lauroeta, Libia, Sesar, Turiados, Usamendi...

La evidencia apoya que los topónimos reales, cuyas secuencias se repiten una y otra vez en zonas separadas hasta mil kilómetros, son los que tres mil años después de los grafitos ibéricos, se mantienen inalterados, o lo que es lo mismo, que las grafías de las monedas o no corresponden a lugares y ciudades o su transcripción no está bien hecha.

Untermann es alabado por casi todos los iberistas como algo excepcional y Gomez Moreno es tomado como el verdadero descifrador de los signos ibéricos, pero, ¿qué tenemos en limpio?; ¿quién puede exhibir algo concreto?... es altamente probable que todo lo hecho por estos y sus fieles seguidores esté alimentando un camino desviado y que el retorno a la trocha buena, sea más bien un trabajo de matemáticos que de lingüistas.

Me explico.

Es posible que esté acertada la descripción general de los signos ibéricos como un “semisilabario”, pero no es tan segura la ausencia de algunas consonantes ni la limitación de las vocales a cinco, como puede no serlo la asignación de conjuntos “oclusiva-vocal” basada en el Bronce de Áscoli, en las monedas y en el Plomo de Alcoi.

Hoy en día hay programas de combinación de letras apoyados con contrastes de lógica y coherencia, que en unos meses podrían plantear opciones muy distintas; generar cientos de miles de combinaciones y detectar palabras y secuencias que nos dieran otra partitura y otra música.

e) La lengua Castellana

En esta ponencia, también se da cierto protagonismo a la Lengua Castellana como “herramienta de trabajo” –en cierta manera, comparable al Euskera-, porque se disiente totalmente de los axiomas que han clasificado a varias lenguas de la Europa Meridional como “romances”, es decir, variaciones de la lengua latina sucedidas entre los siglos V y X y se reconocen en ellas infinidad de aportaciones para esclarecer el pasado.

Se analiza esta lengua en su riquísimo léxico, portador de una información desconocida incluso para lingüistas y con la misma fuerza que, –reconociendo la personalidad que aporta la estructura a los lenguajes- se recupera el vigor de la semántica en las fases iniciales de génesis de las lenguas, cuando era el momento de ordenar los fenómenos y no tanto de hablar con una precisión diamantina, más del gusto de los banqueros que de los exploradores.

El caso es que el Castellano (le sigue el Catalán) es el “romance” que mayor volumen de sustantivos, adjetivos y verbos originalmente compartidos con el Euskera aporta, aunque nada de esto figura en la lingüística oficial; nada de esto es reconocido, quizás porque los propios lingüistas –omitiendo el doloroso reconocimiento de su incompetencia-, tildan a la etimología como un “ámbito resbaladizo” a la vez que huyen de cualquier referencia a la lengua vasca, con lo que dejan perpetuamente el tema irresuelto, o lo que es peor, descansando en unas explicaciones atroces por quererlo llevar todo al sumidero del Latín.

En los últimos años he seleccionado un total de 2.045 voces primitivas del Castellano que he organizado en 19 temas que van de la Agricultura a la Economía y de la Guerra a la

Tecnología, voces – la mayoría- abandonadas por el Euskera que se ha fabricado otras sucedáneas de mucha menor calidad científica en un proceso del que solo hemos hurgado en la cúspide, pero que sugiere un potencial científico suficiente como para revolucionar la investigación sobre la evolución de las lenguas... y de paso la Historia y la Prehistoria.

No procede una descripción exhaustiva de esas voces (ver ejemplos al final) pero si hay que decir que forman el núcleo distintivo y característico del Castellano, que son voces comunes, diarias y –por tanto- muy recurridas y que si a ellas se agregan los “neologismos” griegos y latinos, los germanismos claros, alguna palabra y concepto árabe; todos estos últimos aportes, infinitamente menores de lo que el DRAE pregona, apenas quedan voces de importancia que pudieran asignarse a los supuestos sustratos celtas o godos...

Entonces... ¿Dónde están las voces que el Ibero debía haber dejado?.

¿Es posible que una lengua haya existido durante centurias en un amplio territorio, haya dejado miles de registros epigráficos y no haya rastro alguno en la lengua principal que sustituyó a ese supuesto Ibero en tal territorio?.

¿Qué mecanismo puede barrer de tal manera las memorias de sucesivas generaciones para que estas –según aseguran sin rubor expertos lingüistas- hayan llegado a perder totalmente sintaxis y léxico y hayan tenido que volver a aprender a hablar apoyándose en mímica?

¿Es posible que se den tantos dislates concatenados para acabar creando en cuatro siglos (apenas quince generaciones) unos idiomas como los romances que se parecen entre sí como las cuentas de ámbar de un collar en tanto que son ininteligibles por alguien que solo hablara la lengua que se toma como su presunta madre?.

Para salir de este embrollo, se han sugerido cosas –algunas no descartadas- como que tanto el Ibero en su momento, como el Latín después han sido “linguas francas”, es decir, idiomas sintéticos que solo hablaban los estamentos administrativos, bélicos y religiosos y que el pueblo ni los necesitaba ni estaba interesado en ellos.

Lenguas “de creación”, lenguas que desaparecieron de la vida administrativa con sus estructuras de gobierno.

Dada la dificultad que tenemos para traducir con resultados mínimamente coherentes cualquiera de los escritos ibéricos, hay que pensar seriamente en dos opciones:

- 1.Las transcripciones hechas no son lo suficientemente próximas a la realidad de los signos.
- 2.El Ibero fue una lengua críptica que solo entendían sus escribas.

f) Conclusiones

El caso es que en los ambientes académicos, el Ibero se da por descifrado a diferencia de otros alfabetos, como el Proto Elamítico, el Lineal A, el Harapa de la India, los Vinca húngaros... pero nadie sabe lo que cientos, miles de soportes iberos dicen, lo que nos lleva a pensar a los propensos al análisis, que las alegrías académicas no son ajustadas a los

resultados y que las autoridades que cobran por defender el conocimiento no están realmente interesadas en una investigación profunda que les podría causar más molestias que parabienes.

El idioma que concentra más posibilidades de ser cercano al Ibero, es el Vascuence, pero las erráticas traducciones que se han hecho “partiendo de esta base”, han dado unos resultados disparatados al basarse sus autores en docenas de leyes fonológicas superpuestas para obtener secuencias con algún asomo de sentido, cambios brutales, aleatorios y forzados que no se dan en la toponimia masiva ni en los “romances” españoles, especialmente en el Castellano, cuya lexicografía “básica” es esencialmente Eúskara y sus formas son reconocibles sin necesidad de treinta leyes o licencias para la deformación.

Valga como muestra un trabajo de hace décadas de nuestro compañero Silgo que ya entonces recopilaba 18 traducciones del plomo de La Serreta, ¡Todas diferentes!. Seguimos traduciendo tal como nos comunicó recientemente F. Azcona y yo aportó en los anexos una que hizo mi padre, un investigador “neto”, al final de los años 70.

Las propuestas que ve este autor como soluciones, no están en el mundo de la lingüística que ya se ha mostrado sucesivas veces incapaz de resolver cuestiones de alta indeterminación, sino en las aplicaciones matemáticas, en programas avanzados que combinan las permutaciones fonológicas con la coherencia de las frases, sentencias u oraciones obtenidas y en su “cruce” con otras disciplinas.

Entretanto, la Toponimia (incluyendo, obviamente la “microtoponimia”) y el análisis semántico y de evolución fonológica de las lenguas que se hablan y se han hablado en la península, es el tercer yacimiento de información, una información a ser cruzada en su día con ese millar largo de inscripciones ibéricas.

g) Anexos

1) Toponimia Española “no epigráfica”. Se aportan a continuación una veintena de topónimos muy comunes y repetidos en la toponimia, nombres que por su parecido a voces actuales del Castellano, suelen asimilarse a sus significados, cuando corresponden a otros muy distintos.

Esta es la tónica no solo en nuestra toponimia cercana, sino en la de un extenso territorio que afecta a Europa, Parte de Asia, el Norte de África y la zona Macaronésica.

Ballesta Balesta, (108 netos y muchos más próximos). Este topónimo se encuentra siempre en zonas de acumulación de aluviones o coluviones con presencia no lejana de cauces activos o antiguos; es evidente que no es una mención al arma medieval ni a su eventual usuario. No se han encontrado otras referencias a armas similares (arcos, catapultas, cañones...).

Braga, Brega, Briga: Mojabraga, Las Bragas, Bragadas, Brigas, La Brica, (486). Es muy probable que el significante sea un hidrónimo porque muchos de los nombres están relacionados con fuentes y manantiales. Se está trabajando con “briga” y “brigo” para desmitificar su pretendida relación con fuertes célticos.

Gallo, Gallina: Cantagallo, Canta el Gallo, Gallocanta, Cantagalls, Galligants, (1551). Es evidente que la referencia no lo es al canto del ave aunque el gallo sea más frecuente que la gallina. Es un topónimo relacionado con el agua en alguna de sus manifestaciones lógicas.

Castilla, Castello: Castellana, Castelló, Castellar... (3738). Orónimo relacionado con resaltes en las cuestas de los páramos y otros montes, desde los cuales se dominan zonas amplias del valle.

Fraile, Braile: Fraijones, Froilana, Frailelamonja...(1488). Orónimo relacionado con relieves esbeltos.

Gallego, Gallega: Gállego, Lo Gallego, Los Gallegos, Antón Gallego, Hernán Gallego, Gallegos, Gallegos de Altamiro, Dehesa de Gallegos, Pared de Gallegos, La Gallega, Galegas, Las Gallegas, As Galegas, Cerro Gallega, Galleguillos, El Galleguillo, Los Galleguitos, Cerro Gallego, Cuarto del Gallego, Matagallegos... (837). Abundantísimo en territorios con cierta pluviometría y fisiografía. Es un topónimo que indica la presencia habitual de masas de agua como meandros o paleocauces e incluso ciénagas. En muy pocas ocasiones han podido ser saneadas y urbanizadas. Absolutamente nada que ver con pretendidas repoblaciones con gallegos como se cuenta en la bibliografía histórica y en estudios “apañados” sobre demografía.

Iglesia, Igrexa: Arroyo, Barco, Bajo, Cerro de la Iglesia, Sieteiglesias...(2248). Iglesias son entornos cercanos a ciertos cauces en los que es posible aumentar notablemente la permanencia del agua mediante la construcción de pequeños diques o munas, al estilo de los esteros marinos.

Herrera: La Herrera, Herrera, Herradas, Herradura, La Herrán, Las Herrizas... (973).

Herrero: El Herrero, Herrero, Los Herreros, Monte Herreros... (677). ¿Es España un país en que la herrería la desarrollan las mujeres? ¿Cómo hay más herreras que herreros?

Mancha, La Mancha, Mansa, La Mansa, La Manga, (272). No solo en España, sino en Europa y el el propio canal tenemos uno de los signos más claros del Auriñaciense, de cuando el río Mosela corría cien metros más bajo que hoy.

LAR, La R... y Similares: (669 variantes) Larrá, Larreche, La Armunia, La Artiga, La Herrera, La Herrumbre, La Ramera, La Revoltóna, La Ribota, La Rioja, La Roda, La Ruda, La Rueda... Solo esta forma de inicio de nombre en toponimia daría juego para un estudio de años analizando formas del terreno, composición mineralógica y edafología, exposición, cota y climas, hidrología, palinología... esta modalidad de nombres trasciende los Pirineos y se encuentra abundante en Francia, cubriendo campiñas y planicies como en **La Rapeé, La Reilla, La Ravignouse, La Rossetiere, La Richardiere, La Rondette, La Ruchère, La Ravoire, Le Reposoir. L'arpaz** y cientos mas.

Su significado “pastizal”, es decir zona en la que en un determinado periodo ha predominado la vegetación herbácea anual y –por tanto- ha sido recurrido por rebaños silvestres o pastoreados, la abundancia de calificaciones y su presencia en gran cantidad de ambientes, indica que los herbívoros eran una fuente económica esencial, quizás la única en un mundo con una dinámica radicalmente diferente de la actual (es decir de la agraria).

Miguel: Miguel, Miguela, Miguel Rios, Miguel Esteban, Migabán, San Miguel, San Miguela, La Miel...(2211) Tradicionalmente se explica que todo esto viene de San Miguel, un arcángel muy estimado, pero la realidad es muy distinta y asoma en cuanto el análisis profundiza en la fisiografía e hidrografía del terreno.

Monja, La Monja, Monjas, Frailelamonja, (881) No se trata de hermanas de una congregación, sino de fenómenos que se dan en las llanuras de inundación de los ríos.

Obispo: Bispo, O' bispo, Arzobispo, O Vispero, Eidobispo...(357) Nos dicen que es la alteración de “episcopos”... He revisado toda España y he encontrado ¡Solo uno parecido!, **Valdepisco** en una montaña remota de Zaragoza, cerca de Maluenda... ¿Han cambiado 357 y se ha conservado uno?. No hay nada episcopal en estos cientos de obispos.

Oso, Oxo, Ojo: Ojeda, Hocino, Hocejo, Hoz, Ocho, Oco, Ozono, Osía, Ociria, Reocín, Valdelaosa (8227) Casi todos los osos, osas, ojos y hoces del país hacen referencia a pozos, pozas y marmitas de gigante. Escondidos en otras voces, hay miles más.

Palacio: Palacios, Palau, Pacio, Pazo, Los Palacios, Palaciosmil, Paulación, Palanco (3059) No hay tantos pazos y palacios en el mundo. Muchos de los palacios son meras empalizadas que se instalaban en las riberas de los ríos.

Piojo, El Piojo, Piujar, Piojotas, Piolla (438). Solamente de la modalidad de “Fuente del Piojo” hay 143 topónimos. Piojo no es mas que “el pozo doble”, los dos pozos.

Reloj, Relos, El Reloj, (168) ¿Puede alguien imaginarse esta voz hace 6 ú 8 mil años... Nos dicen que el reloj procede del “orologio”. Reloj en la toponimia son rocas agudas, agujas que proyectaban una sombra nítida y dinámica.

2) Léxico del Castellano. Lista de varias voces primitivas corrientes y muy usadas, extraídas aleatoriamente de un conjunto de 2047

Voz	Tema	Esquema			
Estiercol	Agri	Ezti-erre-kol	Ancho	Gram	cuenco
Cordero	Agri	Kort-ero animal tardío, de cuadra	Tropa	Guerr	Andi so
Ayuno	Alim	Ai une	Centinela	Guerr	Turu pa
Chorizo	Alim	Txori izo	Tripulacion	Mar	Senti leena
Guiso	Alim	Gi iso	Timon	Mar	Dri pula zio
Melena	Anat	Mela ena	Navegar	Mar	Dibo oi Balancín,
Espalda	Anat	Espa alda	Jarcia	Mar	Nabe ka
Cara	Anat	Kara	As de guía	Mar	Jartzi
Sardina	Bio	Sard dñn	Brisa	Mar	Last egi
Raiz	Bio	Arrae ize	Argolla	Mar	Bare aize
Cerdo	Bio	Zer du	Rabia	Medi	Ar ola
Cachorro	Bio	Katx orra	Embarazo	Medi	Orra bia
Araña	Bio	Hari eiña	Traje	Pren	Ema arazo
Aguila	Bio	Ak illa	Ropa	Pren	Dra axe
Sillar	Cons	Zilo ar	Braga	Pren	Larro pa
Pilar	Cons	Bil ar	Demonio	Reli	Bra ga/ bara ga
Pavimento	Cons	Babe mendu	Reliquia	Reli	De moño
Camino	Cons	Kam iño	Ramera	Soci	Erre ilki
Bodega	Cons	Bod ega	Marrano	Soci	Arra mera
Bache	Cons	Be utse	Piropo	Soci	Marr ena
Adoquin	Cons	Ato (k)ina	Dueño	Soci	Pir opa
Hacienda	Econ	Hasi enda	Esclavo	Soci	Duna
Sucio	Fis	Suzi	Avisar	Soci	Esk-la-ba
Rato	Fis	Era to	Bobo	Soci	Abo iz
Nada	Fis	Na	Textil	Tecn	Bo
Hez	Fis	Ez residuo	Hormigón	Tecn	Tes il
Cohete	Fis	Kud ete	Mosaico	Tecn	Horma igo
Basura	Fis	Baza ur	Latón	Tecn	Motz eiko
Región	Geog	Erri zio	Avión	Tecn	Lat oi
Oasis	Geog	U azi	Silla	Util	Abi oi
Corona	Geog	Goro na	Barniz	Util	Zii eilla
Cantil	Geog	Kant gil	Hablar	Verb	Barn ise
Roca	Geol	Arr oka	Empezar	Verb	Abo ela
Éxito	Gram	Exi tu	Coger	Verb	Pi eza
Color	Gram	Kol-orrea Pasta del	Buscar	Verb	Koix
			Asir	Verb	Be us ka
					Atz i